

Roger de Artus

De esclavo a caballero



[JOSÉ L. DÍAZ CABAÑAS]

A Lola, por su fe en mí

ÍNDICE

Capítulo 1. Harim

Capítulo 2. Ahmed

Capítulo 3. Abd al-Kadir

Capítulo 4. Habib ibn Hishâm al-Halebi

Capítulo 5. Mauro

Capítulo 6. Haskhalim

Capítulo 7. Amina

Capítulo 8. Los riesgos de la equitación

Capítulo 9. Escaramuza con los cruzados

Capítulo 10. Misión en tierras cristianas

Capítulo 11. La familia Hartcourt

Capítulo 12. Elizabeth de Hartcourt

Capítulo 13. Los proyectos del jeque

Capítulo 14. El visir

Capítulo 15. Con los templarios

Capítulo 16. De nuevo con las armas

Capítulo 17. Kirikhan

Capítulo 18. Marguerite

Capítulo 19. El regreso a Baghrás

Capítulo 20. El gran maestro

Capítulo 21. De nuevo con los Hartcourt

Capítulo 22. Acre

Capítulo 23. Ibrahim Abd al-Karim

Capítulo 24. Jerusalén

Capítulo 25. Amalarico I de Jerusalén

Capítulo 26. Hacia el Nilo

Capítulo 27. Al-Babein

Capítulo 28. Cercados

Capítulo 29. El jeque

Capítulo 30. Con la familia del jeque

Capítulo 31. Abd al-Rahim

Capítulo 32. En Alepo de nuevo

Capítulo 33. El canje

Capítulo 34. El caballero De Quercy

Capítulo 35. El príncipe

Capítulo 36. Bâhir al-Batriq

Capítulo 37. El delator

Capítulo 38. Neferet

Capítulo 39. Las confidencias de Segimón

Capítulo 40. Caballero Roger de Artús

Capítulo 41. En Vilaferma

Capítulo 42. Anna de Garnier

Capítulo 43. Con los monjes

Capítulo 44. Enfrentamiento en el castillo

Capítulo 45. El duelo

Capítulo 46. El duelo concluye

Capítulo 47. El encuentro

Epílogo. Tierra Santa a la vista

CAPÍTULO I

Harim *Agosto de 1164*

A pesar de irse acercando al ocaso, un sol abrasador calcinaba lo que a primera hora de la mañana se mostraba como un reseco campo de batalla, donde los ejércitos contendientes se aprestaban a combatir. Se trataba de fijar la soberanía del territorio. Al crepúsculo vespertino y después de una intensa y asfixiante batalla a muerte, la tierra aparecía enrojecida con la sangre de miles de cuerpos de hombres y caballos mutilados y desangrados. La sangre, huesos y despojos en estado de putrefacción bajo un inclemente sol de agosto exhalaban un hedor irrespirable. Los cada vez más escasos gemidos de los moribundos se entremezclaban con el zumbido de nubes de insectos que revoloteaban en torno a sus inmóviles presas y con los graznidos de los buitres que planeaban al acecho, antes de lanzarse sobre sus indefensas víctimas. Estandartes, banderas, insignias y pendones con los símbolos de los cruzados, que al amanecer eran portados enhiestos por orgullosos soldados, yacían ahora por tierra pisoteados y ensangrentados o sirviendo de pasto de llamas de humeantes hogueras, a las cuales se iban arrojando los restos de catapultas, torretas y otros artilugios bélicos.

La batalla de Harim había culminado con una derrota total para el ejército cristiano de los cruzados. Los pocos supervivientes que no habían caído muertos o

malheridos huían ante la fuerza avasalladora de las huestes musulmanas acaudilladas por su gran estrategia, Nur al-Din; perseguidos y masacrados por un ejército árabe sediento de venganza. En lo que fuera zona de combate, varias patrullas de soldados recogían y daban agua a sus compañeros heridos, al tiempo que remataban a los caídos del bando contrario, quitándoles armas y escudos. No faltaban en este caótico escenario de muerte y desolación varios grupos de desvalijadores de cadáveres, hurgando en las pertenencias de los abatidos, con especial atención a aquellos que por su armadura o vestimenta militar permitían intuir una alcurnia superior, con la esperanza de encontrar algún botín en monedas, medallas y anillos.

«Estoy muerto y el diablo me lleva al infierno —alucinaba Roger, tendido en la dura tierra—. Me está clavando sus garras para arrastrarme. Ya no tengo fuerzas para moverme y alejarle de mí. Y ¿qué está pretendiendo ahora? ¡Sacarme los ojos! ¡Fuera de aquí, Belcebú!, aún me quedan energías para ensartarte con mi espada». Cuando Roger volvió a abrir sus obnubilados ojos, pudo sentir un escalofrío de terror al vislumbrar a escasos centímetros la cabezuela de un buitre y su aterrador pico, martirizándole el rostro y acercándose amenazadoramente a sus globos oculares. Quiso incorporarse para echar mano a su espada y ahuyentar a la rapaz, pero solo lo consiguió a medias, resultando un esfuerzo excesivo para sus lastimosas condiciones. El brusco movimiento le provocó de nuevo un profundo sopor, no sin antes haber creído apreciar un revoloteo de alejamiento del ave de presa.

El súbito aletear del buitre atrajo la atención de un grupo de saqueadores de víctimas que merodeaban por las inmediaciones, quienes, acercándose, pudieron apreciar que aún quedaba un soplo de vida en aquel cuerpo ensangrentado, joven y con llamativa vestimenta militar. Si no moría, les podría proporcionar un sustancioso rescate o cuando menos una buena venta como esclavo. Tras desposeerle de sus armas y de una pequeña bolsa de cuero con algunas monedas, le dieron un breve trago de agua, aplicaron a sus profundas heridas unos malolientes ungüentos y le tendieron en un carro tirado por un par de bueyes. Otros cuerpos inertes o mínimamente animados yacían en el rudimentario transporte.

La pequeña caravana, de apenas media docena de carretas, se deslizaba lentamente por los parajes desérticos de la Siria musulmana, cargada de moribundos. Algunos eran desalojados y abandonados en tierra a medida que iban pereciendo en el curso de su último viaje al más allá. Ciertos heridos se agitaban inquietos, doloridos y sedientos reclamando un agua que nadie les daba. Otros recuperaban una vaporosa conciencia, cuestionándose un negro porvenir al conseguir recordar los acontecimientos que les habían conducido a su triste situación. En las breves y esporádicas recuperaciones de conciencia, Roger se iba percatando de la magnitud del desastre y de que todo estaba perdido. De que aquel aguerrido ejército de cruzados del que formaba parte y del que tan orgulloso se sentía había sido barrido por los sarracenos de Nur alDin. ¿Qué había pasado? ¿Qué había fallado? ¿Por qué su estrategia de combate, que les había generado victoriosos

resultados en otros enfrentamientos, había fracasado tan estrepitosa y cruentamente? ¿Les había dejado de asistir Dios? ¿Había sido más enérgica y eficaz la protección dispensada por Alá a aquellos infieles? Imposible. Su religión era la verdadera, la única. No, Dios no podía haberles fallado. «Pero qué poco importa la causa de la derrota y de quién sea la culpa. Lo único cierto es que aquí estoy vencido, medio muerto y compartiendo carreta con otros moribundos y más de un cadáver. Si salgo de esta, ¿quién estará dispuesto a pagar un rescate por mí, sin familia ni medios para afrontarlo? Mi único y negro destino será la esclavitud y la muerte prematura, y peor aún si mis lesiones y heridas no me permiten recuperar energías. Me venderán como esclavo y todo habrá acabado para mí. Todas las ilusiones y esperanzas que me animaron a dejar el monasterio de Artús para enrolarme en la cruzada y llegar a ser un hombre de armas respetable y respetado, e incluso alcanzar el sueño de ascender a caballero cruzado, se han esfumado, han muerto. Deberé olvidarme de la anhelada presentación ante mi padre cubierto de honor y gloria. Todo ha concluido. Hubiera sido mil veces mejor morir en la batalla, como un soldado al servicio de la Santa Cruz y como un escudero de su señor, el caballero Arnau de Montesquieu, que no tener que arrostrar la vida miserable que me espera entre infieles, para ser vejado, ofendido, trabajar sin tregua ni descanso y acabar muriendo como un perro viejo y abandonado, cosido a latigazos».

La lenta caravana llegó al fin al miserable poblado del que procedía. A pesar de la avanzada hora nocturna,

fue recibida en medio de una atmósfera de hostilidad con gritos, imprecaciones, insultos y escupitajos para los vencidos. Sin embargo, no todo eran muestras de desagrado. Una velada satisfacción se dejaba entrever en algunos rostros. Había supervivientes capturados. Había esclavos jóvenes, aguerridos hombres de armas. Habría mercado. Habría beneficios.

Acerca del autor



José Luis Díaz Cabañas, abogado de profesión, ha ejercido durante más de cuarenta años en los duros y siempre hostiles foros de Barcelona. El mundo de los eternos litigios entre humanos le ha permitido acceder al conocimiento de las razones y sinrazones, pasiones y ambiciones, virtudes y defectos que mueven la personalidad que todos llevamos dentro. Todo lo cual se ha procurado plasmar en su primera novela, *Roger de Artús. De esclavo a caballero*, que combina la ficción con las realidades propias de una novela histórica, escrita con la asistencia y tutelaje de la Escuela de Escritura del Ateneo de Barcelona.